



Ángel de Saavedra Rivas

Bailén

Romance Primero

Sevilla

A la capital risueña
de la andaluza comarca,
que Hércules fundó de Betis
sobre las fecundas aguas,
la que cercó Julio César⁵
de muros y torres altas,
la que ganó San Fernando
con Garci-Pérez de Vargas;
a la opulenta Sevilla,
la del encantado alcázar¹⁰
la del magnífico templo,
la de la torre gallarda,
emporio de la riqueza,
de claros ingenios patria,
y que en los brazos dormía¹⁵

de la paz y la abundancia,
llega de cálido polvo
dejando en pos nube blanca,
que los caños de Carmona
a la vista borra y tapa,20
un anhelante correo
en una sudosa jaca,
cuyo ijar la espuela rompe
y a quien da un látigo alas.

El rostro como de azufre,25
los ojos como de brasa,
demuestran que es mensajero
de peligros y desgracias.

*

En corto momento esparce
nuevas de tal importancia,30
vértigo tan repentino
y tan mágicas palabras,
que la ciudad toda altera,
que la ciudad toda alarma;
y la dormida laguna35
en mar borrascoso cambia.

Súbito clamor confunde
las antes tranquilas auras,
y agitado el pueblo inmenso
hierva en las calles y plazas.40

Plebeyos, nobles y grandes,
canónigos, hombres de armas,
frailes, doctores, artistas,
traficantes y garnachas,
sólo un cuerpo humano forman45
donde sólo vive un alma,
que un solo afán precipita
y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,
no hay ya clases encontradas,50
no hay ya distintos deseos,
no hay ya opiniones contrarias,
ni más pasión que la ira,
ni más amor que la patria,
ni más anhelo que guerra,55
ni más grito que «¡venganza!»

*

Palacios, talleres, templos,
conventos, humildes casas,
academias, tribunales,
lonjas, oficinas, aulas,60
Tórnanse en cuartel inmenso,
donde sólo crujen armas,
sólo retumban tambores,

sólo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales,⁶⁵
pesos, báculos y varas,
y hasta abanicos y agujas
se convierten en espadas.

En «guerra y muerte» terminan
de los templos las plegarias.⁷⁰
Terminan en «guerra y muerte»
los procesos y contratas.

En «guerra y muerte» concluyen
de amor las dulces palabras,
y desde el sabio discurso⁷⁵
hasta las vulgares charlas.

«¡Vamos a matar franceses!»
prorrumpe con fiera audacia
turba de inocentes niños,
que hace fusiles de caña.⁸⁰

«¡Vamos a matar franceses!»
dice el anciano, que arrastra,
del báculo con la ayuda,
de un siglo entero la carga.

«¡Vamos a matar franceses!»⁸⁵
grita el joven, que la espalda
del potro indómito oprime
blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
la gigantesca Giralda,⁹⁰
con lengua de eterno bronce,
cuya voz seis leguas anda,
al huracán ensordece,
sobrepaja a las borrascas,
conmueve la baja tierra,⁹⁵
y el firmamento traspasa,

«Guerra» pregonando al mundo,
a «guerra» convoca y llama
a toda la Andalucía,
a toda la extensa España.¹⁰⁰

Y ciñe la erguida frente,
al llegar la noche opaca,
de una corona de hogueras,
que viento y lluvias no apagan;
bandera del fuego santo¹⁰⁵
que se ha encendido a sus plantas,
cráter del volcán tremendo,
que en la gran Sevilla estalla.

Romance Segundo

La agresión

De oro, de hierro, de barro,
inmensurable coloso,110
la frente en las altas nubes,
el pie en los abismos hondos;
de infierno, de cielo y tierra,
un incomprensible aborto,
un prodigioso compuesto115
de ángel, de hombre y de demonio,
alzó de Francia perdida,
con su brazo portentoso
para en él tomar asiento
el despedazado trono,120
ídolo de doce siglos,
y de cien monarcas solio,
que desaparecer vio el mundo
terrorizado y absorto,
cuando crímenes, virtudes,125
pasiones, furias, enconos,
saber, ignorancia, errores,
héroes, gigantes y monstruos,
de sangre en un mar lo ahogaron,
y bajo un monte de escombros130
lo sepultaron y hundieron
con universal trastorno.

Alzóle pues (para tanto
Dios le dio fuerzas a él solo)
y aun juzgó para su mole135
pedestal tan grande poco.

Y desde él mandaba el mundo,
llevando de polo a polo
de tempestades armada
la fuerte mano a su antojo,140
con un millón de soldados
a quienes él daba el soplo
de vida, y con su gran nombre
un talismán prodigioso;
con un ceño de su frente,145
con un volver de su rostro,
desparecían imperios
y se trastornaba el globo.

*

Este portento, este numen
de bien, de mal, de uno y otro,150
tornó al tranquilo Occidente
los asoladores ojos.

Y vio a la fecunda España,
la cosechera del oro,
quemando en su altar inciensos,155

por su gloria haciendo votos,
en actitud tan humilde,
de entusiasmo en tal arrobo,
que era poderosa ayuda,
sin poder ser nunca estorbo;160
y de amiga bajo el nombre
tan adoradora en todo,
que sangre, riqueza, fama
juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso165
en el pecho del coloso
la parte aquella de infierno,
y la maldad de demonio,
gritó: «Yo no quiero amigos,
porque esclavos quiero sólo;170
¿cómo aún está enhiesta España?...,
póngase ante mí de hinojos.

»Bese mi soberbia planta,
hunda la frente en el polvo,
y el palacio de sus reyes175
de escabel sirva a mi trono»,
dijo, y de armas y guerreros,
por el Pirene fragoso,
torrente tremendo baja
al hispano territorio.180

*

Tal vez la celeste parte
le dio a conocer de pronto
que iba a despertar leones
con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina185
de hombre, tierra, fango y lodo
le decidió a usar del fraude,
de la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,
dio mentido aspecto al rostro,190
vistió de oliva las armas,
llamó tierno amor al odio;
y cuando en abrazo inicuo
ahogó traidor y alevoso
a los príncipes incautos,195
que en él buscaron apoyo,
y del regio Manzanares
en el coronado emporio
en exterminio el halago,
la oliva tornó en abrojos,200
hospitalidad, caricias,
bendiciones y tesoros
pagando con hierro, muerte,
incendios, estupro, robos,

se derramaron sus huestes²⁰⁵
a asegurar el despojo,
a encadenar toda España,
juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra Morena
humillan con fiero gozo²¹⁰
la alta cerviz, y registran
con desvanecidos ojos
de Guadalquivir fecundo
los encantados contornos,
a que preparan insanos²¹⁵
la esclavitud y el oprobio.

Y aparecen a lo lejos
tan aterradoras como
la encapotada tormenta,
que en alas del viento ronco,²²⁰
de ardientes rayos preñada
anuncia con truenos sordos
que a asolar viene los campos
y las riquezas de agosto.

He aquí la angustiada nueva²²⁵
y el conjunto que de pronto
causó en la noble Sevilla
tan impensado trastorno.

Romance Tercero

La victoria

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo²³⁰
no siente arder en su pecho
el volcán del entusiasmo?

¡Bailén!... La más pura gloria
que ve la historia en sus fastos
y el siglo presente admira,²³⁵
sentó su trono en tus campos.

¡Bailén!... En tus olivares
tranquilos y solitarios,
en tus calladas colinas,
en tu arroyo y en tus prados²⁴⁰
su tribunal inflexible
puso el Dios tres veces santo,
y de independencia eterna
dio a favor de España el fallo.

*

«Incline la tierra²⁴⁵
su mísera frente

al omnipotente
de Francia señor.
¡Viva el Emperador!
 »Es Dios de la guerra,250
y, de polo a polo
su brazo tan sólo
será el vencedor,
¡Viva el Emperador!
 »Segura tenemos255
aquí la victoria,
sin riesgo, sin gloria,
pero rica asaz.
 »Marchemos, gocemos
las grandes riquezas260
e insignes bellezas
de España feraz.
 »¿A Francia gloriosa
quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe265
a su alto valor.
¡Viva el Emperador!
 »Su ley poderosa
la España reciba.
Avancemos. ¡Viva270
de Francia el señor!
¡Viva el Emperador!»
Así en infernales voces
los invencibles, que hollaron,
sembrando exterminio y muerte,275
la Europa del Neva al Tajo,
 las silenciosas cañadas
y los fecundos collados
de Bailén, al sol naciente
con gozo infernal turbaron,280
 de clarines y tambores
de armas, cañones y carros,
relinchos y roncós gritos
tormenta horrenda formando;
 mas sin saber que una tumba285
era el espacioso campo
por donde tan orgullosos
osaban tender el paso.

*

De repente de la parte
del Sur, el viento les trajo290
rumor de armas y de hombres
y los ecos de este canto:
 «Ya despertó de su letargo
de las Españas el león,
antes morir que ser esclavos295

del infernal Napoleón.

»¡Viva el rey, viva la patria
y viva la religión!»

Y aparecen los guerreros
del Guadalquivir preclaro,300
sin pomposos atavíos,
sin voladores penachos.

La Justicia de su parte
y la razón de su bando,
con Dios en los corazones305
y con el hierro en las manos;
y aunque en la guerra bisoños,
y aunque con orden escaso,
llevan resuelto a su frente
al valeroso Castaños.310

Los fieros debeladores,
de la Europa asombro y pasmo,
los fuertes, los invencibles
de mil triunfos coronados,
de limpio acero vestidos,315
con oriental aparato,
de oro y dominio sedientos,
de orgullo bélico hinchados,
y teniendo a su cabeza
la sien ceñida de lauros320
a Dupont, caudillo experto,
duro azote del germano,
ven con desdén y desprecio
como a inocente rebaño,
que al matadero camina325
y piensa que va a los prados,
una turba que ha dos meses
en el taller y el arado,
ni cargar una escopeta
era posible a sus manos.330

Y en carcajadas de infierno
y en burladores sarcasmos
prorrumpen, y furibundos
al fácil triunfo volaron.

*

¡No tan fácil! Bramadoras335
las ondas del Océano
del huracán empujadas
tienden el inmenso paso.

Raen las arenas profundas
de los abismos, al alto340
firmamento, entumecidas,
van a encontrar a los astros.

Tragan voraces y rompen
y aniquilan todo cuanto

pone a su furor estorbo,345

pone a su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena

o en el informe peñasco

donde el dedo del Eterno

escribe: «Hasta aquí», pedazos350

se hace su furia espantosa,

se estrella su orgullo insano,

y en espuma roto vuela

su poder, del orbe espanto.

«El español ardimiento,355

su fe viva, su entusiasmo

sean la meta del coloso»,

pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron. Los valientes

de luciente acero armados,360

los granaderos invictos,

los belígeros caballos,

los atronadores bronces

y los caudillos bizarros,

que las elevadas crestas365

de Mont-Céni y San Bernardo

camino fácil hicieron,

que las ondas humillaron

del Vístula y del Danubio,

del Mosa, del Rin y el Arno,370

no pueden la mansa cuesta

trepar del collado manso

de Bailén ni al pobre arroyo

del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego375

intrépidos apagaron,

y muros de bayonetas

hundieron con un amago,

del español patriotismo

a los encendidos rayos,380

al hierro de los bisoños,

al tiro de los paisanos

no osan resistir. Desmayan

y se fatigan en vano;

retroceden, se revuelcan385

en tierra hombres y caballos;

y las águilas altivas

humillan el vuelo raudo

ensangrentadas sus plumas,

hasta perderse en el fango.390

Y rendidas las legiones,

que al Universo humillaron,

encadenadas desfilan,

vuelta su gloria en escarnio,

Ante turba que ha dos meses³⁹⁵
en el taller y el arado
ni cargar una escopeta
era posible a sus manos.

*

«¡Viva España!», gritó el mundo,
que despertó de un letargo.⁴⁰⁰
Al grande estruendo apagóse
en el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas
del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendía⁴⁰⁵
y de sus sienas el lauro,
desde el trono del Eterno
dos arcángeles volaron:
uno, a dar la nueva al polo
su nieve en fuego tornando;⁴¹⁰
otro, a cavar un sepulcro
en Santa Helena, peñasco
que allá en la abrasada zona
descuella en el Océano.
Sevilla, 1839.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario